

DISCURSO

LEIDO ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN EL ACTO

DE RECIBIR LA INVESTIDURA

DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE MEDICINA

el 23 de Marzo de 1871,

POR EL LICENCIADO EN LA MISMA

D. PEDRO MARTINEZ DE ANGUIANO.



ZARAGOZA.

Tipografía de D. José Maria Magallon.

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000210834

T: 78773

C. 210. 834

Requisitado por la Sr. viuda de D.
Leopoldo Pérez Ordóñez.

5 de Marzo 1917

R

9964

MDS
10087



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura y
Deporte

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

DISCURSO.



A mi querido amigo y paisano
Dn. Marcelino Perez y Ovejero Licenciado
en Medicina y Cirujia, titular de la
Ciudad de Alfaro en prueba de carnis

El autor

22

DISCURSO

LEIDO ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN EL ACTO

DE RECIBIR LA INVESTIDURA

DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE MEDICINA

el 23 de Marzo de 1871,

POR EL LICENCIADO EN LA MISMA

D. PEDRO MARTINEZ DE ANGUIANO.



L. 89. 289

ZARAGOZA.

.....
Tipografía de D. José María Magallon,
1872.

DISCURSO

LEIDO ANTE EL CLASO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EL 28 DE MARZO DE 1871

DE MEDICINA Y FARMACIA

DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE MEDICINA

EL 28 DE MARZO DE 1871

POR EL LICENCIADO EN LA MISMA

D. PEDRO MARTINEZ DE ANGUIANO



ZARAGOZA

Tipografía de D. José María Magallon

1871

Ilmo. Sr.

Aun resuenan en este sagrado templo de la ciencia los ilustres ecos de tantos sabios como desde este sitio han debatido las mas árduas cuestiones impuestas á su talento investigador; aun conserva el respetable Claustro, á quien tengo el honor de dirigirme, las gratas y sublimes impresiones que aquellos dejáran en su ánimo al resolver, con profundidad y elocuencia, los mas graves problemas de la medicina, y espera oír tanta verdad y tantos grandes pensamientos de los que vengan á este sitio á deponer el fruto de sus desvelos.

Empero Ilmo. Sr., si un célebre orador de la antigüedad (el famoso Ciceron) se estremecía al solo recuerdo de hacer resonar en público los mágicos acentos de su elocuencia persuasiva, y desconfiando de sus grandes dotes oratorias y del irresistible encanto de su palabra, exclamaba: *omnibus artubus contremiscor*; ¿con cuánta mas

razon debe temblar el que, careciendo de esa aureola brillante que rodea al génio, se atreve osado á remontar su vuelo hasta el pináculo de las ciencias, donde moran las ilustraciones que sirven de gloria y ornamento á la medicina y de noble orgullo á su patria, sin que le arredre el recuerdo de la vergonzosa caida de Icaro? Atrevimiento es y no pequeño, ocupar, aunque sea por breves instantes, la atencion benévola de tan ilustrada corporacion, y este mismo honor, de que no me considero digno, acrece mi natural desconfianza, llevando el desaliento al fondo de mi corazon, y á mis lábios una súplica reverente, para que los señores jurados acojan con su acostumbrada indulgencia los pobres conceptos que han brotado de mi limitado entendimiento.

Vos, Ilmo. Sr. y el Claustro que presidis, comprendereis mi difícil posicion, y no extrañareis que mi palabra, pobre, naturalmente, se espese con balbuceante voz al cumplir con un deber de Reglamento: exige este una prueba pública para conceder las nobles insignias del Doctorado, y solo tal razon esplica mi presencia en este sitio, y tenga que aparecer atrevido, disertando sobre un punto científico ante tan ilustrado Tribunal.

La solemnidad de este acto literario y la gloriosa fama que circunda vuestros esclarecidos nombres, envuelven mi corazon en un religioso respeto que me impide en estos momentos, muy difíciles para mí, desplegar mi humilde voz con aquella libertad que tiene el águila en el espacio, cuando remonta su vuelo magestuoso hácia las regiones esplendentes del sol. Hasta allí quisiera yo levantar mis pobres pensamientos, para hacerme digno de vosotros y digno tambien de esta renombrada Escuela tan justamente celebrada ahora y siempre en todas las na-

ciones cultas. Mas ¿qué puedo yo decir, apenas iniciado en los principios elementales de la humana ciencia, que no lo hayais dicho ya, todos y cada uno, de una manera mas científica y elocuente en las brillantes páginas de vuestra historia profesional?

Loca seria mi pretension, grande mi orgullo si me propusiese sorprender á tan ilustrado Claustro con alguna idea original. Antes por el contrario, me he visto precisado á recoger lo que se halla esparramado por los diferentes autores que se han ocupado de esta materia. Y aun así, me veo todavía precisado á implorar, como de hecho imploro, toda vuestra benevolencia, todo vuestro favor y toda vuestra generosidad.

Y puesto que la indulgencia es siempre compañera inseparable de la sabiduria, confio en ella porque el sabio tiene ciencia y disimula las faltas y los errores del que de buena voluntad aspira á la verdad; tiene grandeza de sentimientos y no niega el apoyo al que la necesidad coloca en una senda dificil de andar, y, como ha pasado por el estudio elemental de su sabiduria presta generosa ayuda á quien aunque desde lejos ve anheloso aproximarse á él.

Confiado pues, en vuestra clemencia, desciendo humildemente á exponer el tema y hacer algunas consideraciones sobre

La utilidad de la higiene y necesidad de difundir sus preceptos.

En cualquiera de los terrenos de la ciencia, Ilmo. Sr. existen materiales para grandes construcciones y asuntos para prolijas investigaciones; pues bien, yo me propongo desarrollar el tema escogido, del mejor modo que me sea dable.

La medicina, ciencia profunda, filantrópica y casi divina, que estudia al hombre desde el momento de la concepcion, y le sigue en todas sus fases hasta que vuelve á confundirse en la materia universal, á cuyas leyes ha resistido por un espacio de tiempo mas ó menos prolongado: la medicina, repito, no es un conjunto monstruoso de hipótesis, mas ó menos ontológicas sin principios fijos ni conclusiones ciertas, como una crítica injusta y poco filosófica se ha esforzado inútilmente en demostrar.

Como los demas ramos del saber humano se ha ido impregnando del espíritu dominante de las diversas épocas que ha debido atravesar; porque la historia de la medicina no es mas que una página muy importante de la historia universal, cuyo impulso ha seguido necesariamente, participando de sus progresos, aberraciones y defectos.

La ciencia que nos ocupa es de absoluta necesidad, y su origen tan antiguo como el del género humano, remontándose á los primeros tiempos de la creacion; porque rodeado el hombre desde que viene al mundo de

agentes y causas distintas que continuamente chocan contra su organizacion, modificándola y destruyendo el equilibrio de sus funciones, debió averiguar los medios de oponerse á estas impresiones insólitas, trasmitiendo á las generaciones futuras el resultado de sus investigaciones. Pero la inteligencia, que nunca se contenta con estudiar los hechos aislados, sino que los comenta y analiza sometiéndolos al crisol del raciocinio, quiso resolver el problema de estos desórdenes que observaba, y esplicarse la accion de las causas perturbadoras.

De lo espuesto se deduce, que la medicina comprende dos partes esencialmente distintas. Una exacta, constante, y si se quiere inmutable, que es la observacion atenta y bien dirigida de los hechos; y otra metafísica é incierta, que consiste en la esplicacion de los fenómenos fisiológicos y patológicos. La primera es el resultado de la esperiencia, y propia de todos los siglos y de todos los pueblos: la segunda es el producto de concepciones filosóficas, marcadas con el sello de su época, y que ceden el campo á otras esplicaciones sin mas derecho que el de la novedad. La medicina verdadera, esa que se funda en la observacion, y que constituye la parte gráfica de los fenómenos naturales y patognomónicos de los hechos, ha pasado como una divinidad magestuosa é imponente á quien todos respetan, atravesando por encima de los escombros de los sistemas médicos que se han ido desmoronando á su tránsito, y que han obstruido las señales indelebles de la naturaleza por mas ó menos tiempo. Para convencerse de esta verdad, basta dirigir una rápida ojeada á la historia de la ciencia, y examinarla desde su infancia envuelta en las tinieblas de los tiempos hasta nuestros dias. Al paso que la teosofia, la as-

trología, la alquimia, la física, la mecánica, la química y las escuelas espiritualista y materialista han dominado exclusivamente en las ciencias naturales y psicológicas, explicando por sus leyes todos los hechos de la naturaleza, la medicina se ha visto también comprendida en el vértigo que en pos de sí arrastraba todos los conocimientos humanos. Así es, cómo los fundadores de las grandes escuelas médicas han creído probar hasta la evidencia los actos normales y anormales del organismo por los principios generales de semejantes teorías. De aquí también su poca estabilidad; porque, resultando de la aplicación de las hipótesis seductoras y temporales, debían caer con ellas.

Este verdadero campo de Agramante, es el que ha contribuido al descrédito de la medicina, y el que pesará siempre sobre ella como un meteoro deslumbrante y fugaz, que no deja más huella, que la de su existencia histórica, salvo algunos principios luminosos que las teorías han depositado en el seno de la observación por haber emanado de ella.

Sistemas ha habido, que tan pronto como han sido concebidos, antes aun de haber saboreado sus inventores el placer y el fruto de sus repetidos desvelos, han caducado entre los gritos del entusiasmo general, y han corrido á confundirse en el polvo de los archivos para no volver aparecer, sino cubiertos con el ridículo de una crítica harto severa. ¿Pero debemos por lo mismo cruzar los brazos, encadenar la inteligencia, y someter el pensamiento al círculo reducido de la narración de los hechos contra la tendencia del espíritu humano, ávido siempre de explicaciones para dilucidar los fenómenos que observa? ¿Debemos desterrar esa facultad creadora de nuestra in-

teligencia, siendo incansable, que ahora mira las cosas y despues filosofa sobre ellas?

Bien conocemos la ventaja de la parte espositiva de la medicina, bien sabemos que este espíritu de observacion, despojado de la parte sistemática, es el que ha inmortalizado los nombres de Hipócrates, Sidenham, Baglivio y otros tantos nombres, que concentrando sus facultades intelectuales en la esfera de la medicina práctica, nos han dejado en sus escritos otros tantos axiomas de eterna verdad, y tan inmutables como la naturaleza que observaron y describieron. Pero estos mismos séres privilegiados, que con razon podemos llamarles padres de la ciencia, no se libertaron de la tendencia general mencionada, y en medio de su aplomo y sana crítica teorizaron y aplicaron los principios de la ciencia universal á la medicina.

En la actualidad vemos á los hombres que mas se enseñan contra las teorías, y que siempre las ridiculizan y vituperan, buscar esplicaciones acaso descabelladas, para aplicarlas á los hechos que juzgan. Acaso sin saberlo, ó por lo menos sin pensarlo, al esponer el enlace de los fenómenos patológicos en una enfermedad incurran en la falta que no ha mucho criticaban. Tal vez al comprobar por la autopsia la relacion entre dichos fenómenos y las lesiones anatómicas ponen en tortura su inteligencia, é inventan multitud de hipótesis para hacer que estén en armonia los unos y las otras. En vista de estos resultados ¿qué debemos pensar? Que el hecho y la doctrina, el raciocinio y la esperiencia son dos partes de un todo indivisible: son dos elementos ó factores, sin los cuales no puede existir ese cuerpo complejo que se llama *Ciencia*. Mas, si esto es cierto, apresurémonos tambien á confesar,

que la teoría en tanto es buena, en cuanto pinta los hechos tales como son, y no como la imaginación sistemática los concibe, que la práctica nunca debe acomodarse á las hipótesis, y sí estas á aquellas.

Acaso habremos abusado de la indulgencia del Tribunal deteniéndonos demasiado en un punto en cierto modo ajeno al objeto del discurso; pero cuando todos los días oímos vociferar contra la filosofía de la ciencia, contra sus teorías y sus sistemas, no hemos podido resistir al impulso de nuestro convencimiento, manifestando, que esos gritos son el eco envejecido de una doctrina tradicional que ha pasado de maestros á discípulos, de generación en generación, sin comentarios, y tal vez sin reflexión; porque, á poco que se medite, se conoce la imposibilidad de concebir la práctica sin la teoría y esta sin aquella.

Si hasta cierto punto es una verdad incuestionable lo que precede, no lo es menos, que entre los diversos ramos de la medicina hay algunos de un carácter eminentemente práctico, y que se prestan menos que otros á las elucubraciones de los sistemas.

La medicina es la obra de los siglos y el fruto lento y laborioso de la experiencia del hombre, pero en el inmenso horizonte de esta ciencia, que la necesidad ha creado, hay algunas de sus partes de tan fácil y exacta aplicación, y de tal trascendencia para la conservación del individuo y de la especie, que desatendidas sus reglas ú olvidados sus preceptos, la vida no es mas que un cúmulo de miserias y dolores, y el hombre un ser abyecto y degradado.

De lo dicho se desprende, que la medicina no solo se ocupa del hombre enfermo para devolverle la salud per-

dida, sino que al propio tiempo su prevision se estiende á formular en preceptos sencillos las reglas necesarias para conservar ese don precioso de la humanidad, que consiste en el ejercicio armónico de todos los órganos y el *Consensus* de todas las funciones. Hay en nosotros un sentimiento instintivo que nos impulsa á evitar lo que nos perjudica, y á buscar y desear lo que puede agradarnos. Este sentimiento que se llama instinto de la conservacion, lo vemos desarrollado lo mismo en el hombre salvaje, que en el civilizado, lo mismo en la infancia de las sociedades, que cuando han llegado al apogeo de su cultura.

Ridículo seria y hasta ofenderíamos la reconocida ilustracion del jurado, si tratásemos de probar, que el hombre, aun en medio de sus extravios y de sus vicios, desea poseer el tesoro inestimable de la salud. Pero como muchas veces fluctúa en el océano de la vida á merced de las olas encrespadas que dentro de su pecho agitan las pasiones desbordadas por una educacion viciosa ó harto indulgente; de aquí la necesidad de patentizar los inconvenientes de tan criminal abandono, y las ventajas de conocer y utilizarse de las máximas saludables de ese código sublime, complejo, de todas las virtudes que ha recibido el nombre de *Higiéne*.

Si estas máximas fueran mas conocidas y mejor observadas, no serian tantos los males que afligen al género humano, y alcanzaria una vida mas larga, tranquila y feliz. Aprenderia tambien á dominar sus pasiones, que son el buitre que roe de continuo las entrañas de la humanidad, como el Prometéo de la mitología, y subordinaria á la razon los caprichos de su natural indómito y veleidoso.

Por estas ligeras reflexiones se comprende desde luego la utilidad de la higiene, y su escelencia y superioridad sobre los demás ramos de la medicina; porque, como dijo muy bien el famoso Celso, *mas vale precaver que curar*.

Su misma importancia nos dá la medida de su necesidad, como reguladora de la salud individual y de la salubridad de los pueblos. Por su medio, no solo se consigue alejar, destruir ó neutralizar las influencias nocivas, y prolongar la existencia robusteciendo los órganos y regularizando nuestras facultades, sino que tambien triunfa la higiene muchas veces de las constituciones debiles y delicadas, y de las predisposiciones morbosas, congénitas ó adquiridas, tornando en organizaciones vigorosas las que parecian destinadas á consumirse lentamente por el gérmen de enfermedades insidiosamente mortales. Así nos cuenta la historia, que Agesilao, cojo y enfermizo en su infancia, observando las rígidas costumbres espartanas, modificó su raquítica figura, llegando á ser uno de los generales mas valientes y temidos de su época.

Lo que mas nos halaga y encanta en el estudio de la higiene, es la sencillez de sus luminosos preceptos, y la indeclinable verdad de sus principios; porque como todos ellos emanan de la observacion y la esperiencia, y de la influencia conocida de los modificadores higiénicos, es mas segura y menos congetural en sus aplicaciones, sin presentar los obstáculos que á cada paso entorpecen la marcha progresiva de los demás ramos de las ciencias médicas.

Examinando al individuo bajo su triple aspecto, físico, moral é intelectual; estudiadas las modificaciones que

imprimen á su carácter las diversas nacionalidades por medio de las costumbres; valoradas tambien las influencias climatológicas por la apreciacion de la topografía, la higiene, de su único pero invencible resorte que es el *régimen*, conduce á la humanidad al término de su carrera, sin que se vea agoviada por el peso insufrible de tantas miserias como nos rodean, y tambien, acaso, sin necesitar los auxilios de la medicina terapéutica. El olvido, la ignorancia ó el desprecio de estas verdades acortan la vida del hombre, y son poquísimos los que llegan á la edad que el Criador les marcó, para concluir sus dias de muerte natural ó senil.

Pero estos mismos que se mofan de la prevision del higienista, que sacrifican á placeres fugaces la salud de toda su vida, y que en el desorden de su conducta se lamentan de su suerte desgraciada, no conocen, que esa existencia, devorada prematuramente por el fuego de sus pasiones, sufre el castigo terrible, pero justo y merecido, de sus anteriores y presentes trasgresiones higiénicas.

Ahora bien: si del individuo pasamos á la especie, si dejando la higiene privada elevamos nuestra consideracion á la higiene pública ó social; ¡cuánto no deben los pueblos á esa ciencia bienhechora! En este campo tan vasto, y por desgracia muy descuidado por los gobernantes, es donde mas resplandece, como un faro luminoso su vivificante y consoladora influencia. En los contagios, en las desastrosas epidémias y mortíferas epizootias, la terapéutica es casi siempre impotente, y el devastador azote del género humano sigue inmolando víctimas á millares, hasta que, á semejanza del atleta cansado de luchar en la arena del Circo, se adormece por algun tiempo para despertar despues con nuevos bríos, y llevar la muerte y el terror á

los que consiguieron librarse de sus primeros ataques.

Empero si la medicina curativa confiesa entonces su impotencia, la higiene pone en juego sus inmensos recursos para destruir ó atenuar las influencias miasmáticas, y tambien para preservarnos de su desarrollo.

En las enfermedades endémicas, si bien la terapéutica triunfa de ellas por un momento, como la causa persiste, las afecciones se reproducen y van minando ostensiblemente la existencia del hombre, llegando por fin á un límite en que la medicina nada beneficioso puede hacer y el individuo sucumbe. ¿Qué seria de muchas poblaciones si la higiene no se opusiera á la accion destructora de tales endémias, modificando la localidad y aconsejando todas aquellas mejoras, de cuyo conjunto resulta la salubridad pública?

El famoso Empedocles, despues de moralizar á sus compatriotas de Agrigenta, los libertó de las epidémias ocasionadas por el *Siroco* (1) mandando cerrar una garganta que le daba paso. Los atenienses, agradecidos al *Divino viejo de Cos* por haber curado ó preservado á los griegos de una peste con sus medidas higiénicas, decretaron que fuese iniciado como Júpiter en los grandes misterios de Eleusis; se le consideró como ciudadano de Atenas, y se le concedieron los honores del Pritáneo, ofreciéndole una corona de oro, y que los heraldos proclamáran este don en las grandes Panateneas.

Antes que este sabio Asclepiades hubiese reunido la higiene en cuerpo de doctrina, inaugurándola como ciencia é inventándola en cierto modo, de lo que el mismo

(1) En Francia llaman así al viento fuerte caliente y húmedo que procede del Africa y es muy temible en la Argelia.

se gloriaba como del mas útil de sus descubrimientos (1) estaba ya ligada á la religion y á las leyes de las generaciones anteriores. Consúltese sino la historia de los pueblos mas antiguos, y en ella admiraremos las sabias disposiciones de los legisladores para conservar la salud pública, que es la suprema ley de las naciones.

Si nos remontamos más aun, y llegamos al origen de la humanidad en la persona de nuestro primer padre, veremos la higiene en su estado rudimentario ó de germen en la obligacion que Dios señaló á Adan de *cultivar* y guardar el Paraiso : de modo que, segun la espresion de un gran historiador contemporáneo, *la lucha y el trabajo fueron su primer destino*. Tan pronto como el primer hombre quebrantó el mandato del Eterno, se le impuso con mas rigor el trabajo, como un castigo expiatorio de su desobediencia ; pero esta ley providencial, mas bien que una pena afflictiva fué una medida higiénica divina ; porque el ejercicio de las fuerzas físicas robustece el cuerpo, conserva y consolida la salud, y dando al individuo la conciencia de su poder, coopera á su perfeccion y bien estar. El conocimiento de esta ley primordial, de este precepto primitivo de la ciencia, hizo sin duda esclamar á un ilustre médico : *Possent homines, si debito tempore exercitio et labore uterentur, et medicis et medicamentis carere*.

En la infancia del mundo cuando los hábitos de una vida sencilla y nómada hacian que las fuerzas naturales fuesen mas activas, las enfermedades eran menos numerosas y complicadas bastando las sugerencias del instin-

(1) La higiene no se consideró como ciencia hasta que Hipócrates escribió su obra titulada *de aere aquis et locis*.

to salvaje para preservarse de las causas morbíficas y para el tratamiento de las dolencias; pero conforme el hombre dejó de ser individual para constituirse en tribus independientes, y formar el núcleo de las sociedades antiguas y modernas, fué ensanchando el campo de sus deseos, y el nuevo estado social, imponiéndole otros deberes, aumentó también sus necesidades, aunque facilitándole los medios de satisfacerlas. La rivalidad de los pueblos, la feracidad de otros terrenos y la ambición y el *derecho* de la fuerza, á la par que encendian la guerra con todos los horrores de su primitiva rudeza, instigaban á los hombres belicosos á ejercitar y fortalecer el cuerpo, fijando la primera piedra de la gimnástica guerrera. He aquí donde podemos decir, que concluye la higiene del instinto para hacerse religiosa é incrustarse en la legislación y en las costumbres.

En ese tiempo en que la guerra, careciendo de ardidés estratégicos, era una lucha feroz, de cuerpo á cuerpo, los legisladores se esmeraron con una constancia admirable en vigorizar á los hombres, y comunicar á sus miembros la mayor agilidad y soltura. Posteriormente esta parte de la higiene se miró con indiferencia, y hasta con criminal abandono, desde que la guerra consiste en evoluciones prodigiosamente calculadas en combinación con la fuerza irresistible de la pólvora, con cuya invención quedaron nivelados el débil y el fuerte, el cobarde y el valiente.

Entonces cada pueblo tenia sus juegos y sus fiestas, en las que se adiestraba en la lucha, en el baile y en la música, alentándose con premios á los vencedores. Tales espectáculos se celebraban públicamente con la mayor pompa y aparato para conmemorar algun hecho na-

cional notable, y para fomentar la educación intelectual, suavizar las costumbres y embellecer el espíritu, se interpolaron después en las diversiones los ejercicios gimnásticos con la música, la poesía y la lectura.

Allí los filósofos, los poetas líricos y dramáticos, los historiadores y los artistas, esponían al juicio público las obras del arte ó de la inteligencia para saborear de antemano la gloria de la inmortalidad con que los coronó después la posteridad. También allí se castigaba con el ridículo el mal gusto y la ignorancia atrevida, como le sucedió á Dionisio, tirano de Siracusa, que, instigado por viles aduladores, quiso obtener los honores del triunfo en los juegos olímpicos, y el pueblo independiente le silvó. Lisias sostuvo que un tirano extranjero no debía tomar parte en los certámenes destinados á estrechar los lazos de los hombres libres. De esta manera se uniformaban las costumbres, y se creaba la nacionalidad de los pueblos.

En las instituciones babilónicas resaltan el cuidado y el lujo desplegados en todas las obras de utilidad pública en armonía con la higiene social. Situada Babilonia en un suelo fangoso por el desbordamiento del Eufrates en la época del deshielo, la primera ocupación de sus habitantes fué desecar y formar el terreno. Anchos lagos, canales profundos en comunicación con el Tigris y el Eufrates, cruzaban por todas partes el territorio para fertilizarlo y contener las incursiones enemigas.

Todavía se admiran á la derecha de este último río los ocho diques que se oponían á sus inundaciones. ¡Obra colosal, muralla gigantesca, levantada con la tierra que se extraía del terreno en que se formaban los lagos!

En el reinado de Semíramis la ciudad llegó á un gra-

do de magnificencia asombroso, como lo acreditan sus ruinas y las del fabuloso templo de Belo. Sus calles eran espaciosas y rectas, dejando entre cada edificio una porcion considerable de terreno poblado de árboles y de flores. El agua del rio era llevada sobre los terrados de las casas donde habia magníficos jardines colgantes, llenos de árboles y perpetua verdura, que á la vez que embalsamaban el aire, purificaban la atmósfera.

La India, cuna de la humanidad y origen de todos los pueblos, segun los antiguos, nos presenta en el dia un fiel trasunto de sus primitivas costumbres en su religion, en sus leyes, en la tenacidad y apego á las creencias que forman el fondo de su carácter. Afables, benévolos y hospitalarios, merced á sus instituciones, los indios aman la templanza, el aseo y la castidad. Sus comidas son frugales, componiéndose, casi exclusivamente, de vegetales. La moderacion de sus deseos y su estremada limpieza les hace menospreciar á los europeos por sus instintos sanguinarios, por su facilidad en manosear cualquier objeto, y por el refinamiento y la esplendidez de sus comidas. Nos admira, y es á la verdad sorprendente, que un pueblo eminentemente fatalista y afeminado, contase entre sus costumbres, segun los historiadores, el ejercicio en público de la lucha, entregándose á él las mismas doncellas, como en la severa Esparta.

Vamos pues á bosquejar, Ilmo. Sr., ligeramente y á grandes rasgos la higiene de un pueblo, cuya civilizacion aun nos asombra en el siglo XIX por la ruina de sus monumentos grandiosos y por lo que nos queda de su legislacion, de su ciencia y de su industria. Hablemos del Egipto; geroglífico que aun no se ha concluido de descifrar, y nacion acreedora á que la consagremos un re-

cuerto de veneracion y de respeto, porque de ella tomaron sus mas sábias instituciones la culta y floreciente Grecia y la señora del mundo la prepotente Roma, que á su vez nos trasmitieron sus tesoros de literatura, de las ciencias y de las artes. Homero y Moises, Pitágoras y Platon, Solon y Licurgo, fueron á beber en aquellas fuentes de inagotable sabiduria los raudales civilizadores de su filosofia y de su organizacion legislativa; y el Oráculo de Delfos declaró que el Egipto era el pueblo mas sábio.

El pais estaba cortado por una multitud de canales, y á esta medida de riqueza agronómica y de higiéne pública debia sus condiciones de salubridad el Delta, considerado por los sacerdotes como una creacion del Nilo. Pausanias dice, que los egipcios eran muy altos y en el Instituto de Bolonia se conserva una mómia que tiene once palmos de estatura. Segun el famoso Herodoto, la salud de este pueblo era perfecta, atribuyéndolo á la grande sobriedad que su religion prescribia. Así es que, si la *Terapéutica* se encontraba en un atraso lamentable y reducida á los amuletos y otras prácticas supersticiosas, la *Higiéne* brillaba por la institucion de un plan dietético admirable.

A los egipcios les estaba prohibida la carne de cerdo, y la misma prohibicion se consigna en todas las religiones del Oriente. Dividian los alimentos en puros é impuros para evitar la propagacion de algunas enfermedades repugnantes, y la inmunidad de que gozaban ciertos animales, respetados como sagrados, interesaba, no solo á la agricultura sino tambien á la higiéne.

Vemos en el Egipto otras muchas prácticas, encarnadas en las costumbres de un uso imprescriptible: tales

son los *baños*, las *lociones* y la *circuncision*. Varios historiadores han creído ver en el embalsamamiento de los cadáveres la prueba de que los egipcios no creían en la inmortalidad, pero este hecho, cuya explicación está desmentida con datos históricos que no son de este lugar, debe considerarse como una precaución altamente previsora para impedir la putrefacción de los cuerpos, favorecida en aquel país con las crecidas inundaciones del Nilo que hoy todavía infestan la atmósfera de Alejandria. Mr. Pariset dice, que las pestes sobrevenidas en Europa después del siglo sexto de nuestra era, han procedido del Egipto desde que el cristianismo abolió allí los embalsamamientos.

También llaman nuestra atención los vastos y subterráneos cementerios del pueblo, abiertos en las profundidades de las montañas, como los estensos necrópolis de Tebas y de Abidos en la Tebaida, situados lejos de las poblaciones para preservar el aire de sus miasmas destructores.

La raza sacerdotal que hacía un misterio de la religión y de las ciencias, vinculadas en el recinto de los templos, influía con sus consejos hasta en la vida privada de los reyes, alcanzando sus prescripciones á las comidas, á la distribución del tiempo y á los actos más insignificantes. De esta manera, con el ascendiente que dan la instrucción y el talento ingiriendo en las leyes y en las prácticas religiosas ciertas reglas de utilidad pública y de perfeccionamiento físico para la especie humana, cuya observancia era un deber sagrado para toda la nación, se conservaban escrupulosamente los buenos usos y costumbres de la vida social y doméstica.

El cuidado principal y la esmerada atención de los le-

gisladores propendia á formar ciudadanos robustos hechando mano de la frugalidad y de los ejercicios activos.

Los muchachos egipcios andaban descalzos y principiaban á fortalecer su musculatura con el juego de la pelota y otros parecidos, y la juventud rivalizaba en agilidad y destreza, disputándose con ardor el triunfo en las carreras á pié, á caballo ó en carro. Era tal su robustez y tanta la solidez de sus huesos, que Herodoto refiere haber distinguido en un campo de batalla los cadáveres persas y egipcios por la fragilidad y blancura de los cráneos de los primeros, y la dureza extraordinaria de los segundos, muy en armonia con la vida muelle de aquellos y las costumbres severas de los egipcios.

Otra prueba mas de la predileccion por la educacion física, la tenemos en lo que nos dice la historia acerca del nacimiento del gran Sesóstris. Todos los varones que nacieron en Egipto en el dia del príncipe fueron llevados á la corte para ser educados de la misma manera, acostumbrándolos á las fatigas de la guerra con las privaciones y ejercicios gimnásticos.

Si de los egipcios pasamos á los hebreos, vemos brillar en este pueblo, esclavo del primero, el génio mas grande de la antigüedad. En efecto, Ilmo. Sr.: Moisés, la figura mas colosal de todos los siglos, elegido por Dios para libertar al pueblo escogido, despues de haberse instruido con toda la ciencia del Egipto, segun la espresion de la Sagrada Escritura, fué á la vez el mas antiguo de los historiadores, el mas sublime de los filósofos y el mas sabio de los legisladores, valiéndonos de las palabras del incomparable Bossuet. En las instituciones mosaicas, relativas á la salud y al régimen de vida encontramos mucha analogia con las del Egipto, si bien las

prescripciones del legislador hebreo reciben un carácter elevado y santo con el sello augusto de su religion.

Las leyes de Moisés detallan cuidadosamente hasta las cosas mas insignificantes. En ellas se impone la pena de muerte al que edifica su casa con poca solidez y sin balaustres en los terrados; designan la tela y la hechura de los vestidos, y el modo de cortarse el pelo, con otras reglas no menos minuciosas. Lo mismo que en el Egipto estaba prohibida la carne de cerdo por considerarla favorable al desarrollo de la lepra, enfermedad asquerosa y repugnante que llenaba de pavor y espanto á los judios. (1) Vemos tambien generalizadas y prescriptas la circuncision y clasificacion de los manjares en puros é impuros, que además de impedir al pueblo familiarizarse y confundirse con los extranjeros, á cuyas mesas no podian sentarse, tendian á conservar la salud. No menos previsor aparece Moisés en recomendar las abluciones y la limpieza del cuerpo á unas gentes de suyo desidiasas y descuidadas en el aseo, que aun á través de los siglos conservan en la actualidad los hábitos repulsivos de su naturaleza y primitivo desaliño.

El famoso Dr. Kahn en su obra de policia médica sobre las leyes sanitarias de Moisés hace la apologia mas acabada y completa de todas sus disposiciones, que no analizaremos por no ser molestos, pero sí recordaremos de paso la prohibicion severa de juntarse carnalmente con las mugeres durante el periodo menstrual, y el ayuno de Moisés por espacio de cuarenta dias, que del mismo modo y con igual rigor nos imponia el cristianismo en los

(1) En el cerdo se desarrolla dicha enfermedad caracterizada por la presencia del parásito denominado *cisticercus celuloso de Rudolphi* y puede trasmitirse al hombre.

primitivos tiempos de la Iglesia. Esta institucion era de utilidad pública, porque vedando el uso de las carnes, contribuia á conservar y propagar las especies de animales, cuya época de celo y de gestacion ocurre á la entrada de la primavera; era altamente higiénica: porque en dicha estacion cuando las enfermedades propenden á la forma inflamatoria y la plétora, que se desarrollan en sugetos jóvenes y robustos, conviene el régimen vegetal y ligeramente nutritivo; tendia por último, á fin mas sublime y santo, imponiendo, como la escuela pitagórica, ciertas privaciones que mortifican el cuerpo, embotan el aguijon de las pasiones, é influyen poderosamente en la educacion moral.

Hemos dicho que del Egipto tomaron tambien sus instituciones los sábios de Grecia, y vamos á ocuparnos, aunque ligeramente, de este pais clásico del buen gusto y de lo bello. Los cantos de Homero, la música y la gimnasia, figuran en primera línea en la educacion de los griegos, perfeccionándose la vida social de este pueblo por los encantos de la imaginacion, y abarcando así la existencia entera bajo todas sus fases mejor que con vanas declamaciones y estériles é hipotéticas doctrinas. Hecho incuestionable en el campo de la historia, que nos pone de manifiesto la ventaja que resulta de crear buenas costumbres, en vez de empeñarse en formar leyes que se infringen con frecuencia, cuando no están en armonia con aquellas. El famoso Cesar Cantú dice « De este modo Homero, consagrando la genealogia de los héroes, funda el principio de la nobleza de las razas; cantando los juegos de la lira, atribuye precio al vigor físico y á la fuerza moral, celebrando á los valientes, prepara las jornadas de Maraton y de Arbellas.»

La fuerza y el valor reputados entre los griegos como privilegios del nacimiento y activados por el ejercicio, empeñaban á los héroes en porfiadas luchas, rivalizando en destreza y vigor en el baile y en la carrera, y grabándose los nombres de los vencedores en láminas de mármol, como sucedía en el gimnasio de Olimpia. Pero no se crea que la higiene de todos los pueblos de la Grecia era como la de Esparta, bárbara, feroz incompleta, descuidando la educación moral é intelectual por ocuparse exclusivamente de la robustez física, no; porque la escuela filosófica de Pitágoras, fundada en la sobriedad y la templanza, y enseñando á subordinar las pasiones á la razón y á la filosofía, hacía á los hombres mas humanos y afables, y los encaminaba á la perfección con la dulzura de una moral pura y sublime.

Monseñor Boubier en su *Historia de la Filosofía*, hablando de Pitágoras dice « En las lecciones públicas, el maestro ensalzaba hasta lo sumo la virtud, declamaba contra el vicio, especialmente contra la corrupción de las costumbres, y se esforzaba en hacer palpables sus perniciosos efectos.» Pero las mas sanas doctrinas de nada sirven cuando no van acompañadas del ejemplo. Este filósofo no se limitó á estériles declamaciones, sino que fundó una asociación en Crotona, de donde la viene el nombre de *Escuela Itálica*.

En esta sociedad, destinada á influir poderosamente sobre la moral pública, solo se admitían los adeptos después de largas pruebas y austeras privaciones, llegando á contar hasta seiscientos discípulos. Todos vivían en un mismo recinto y en comunidad de bienes, vestían túnicas blancas, se abstenián de la carne, del pescado y de los licores, para amortiguar el fuego de las pasiones y

eran moderados en el uso de la Venus, á cuyos placeres renunciaban completamente durante el verano. (1) La mañana la dedicaban al estudio de la música, de la filosofía, de la política y á la práctica de la gimnasia: por la tarde descansaban de sus tareas literarias, cantando alegremente los *versos dorados* de Pitágoras; y por la noche examinaban escrupulosamente todas las acciones del día, antes de entregarse al sueño. ¡Lástima es que tan benéfico instituto, donde brillaba ostensiblemente el espíritu de asociación, sucumbiese después de doscientos años á golpes envenenados de la envidia y al cruel resentimiento de aquellos, cuyos vicios anatematizaban públicamente!

La práctica de los baños se eleva á los tiempos heroicos de la Grecia, en cuya época los ríos y las fuentes servían á este fin. En los tiempos de Homero ya existían las termas, aunque solo entraban en ellas los ancianos y las mugeres. Se puede calcular hasta que grado de suntuosidad llegaron después estos establecimientos por la magnificencia de los baños de Pericles y de Alejandro Magno en Atenas.

Licurgo, de virtud severa y ruda, calumniado en un principio por sus compatriotas, emprendió varios viajes, instruyéndose en sus escursiones al Egipto, á la India y en el resto de la Grecia, pero en la organización de los Cretenses fué de donde tomó mayor copia de materiales para la legislación de Esparta, y sus leyes participaban de la misma rudeza que las de Minos en Creta. Este rey

(1) En todos los meses sin r se aconseja muchísima reserva en el uso de los placeres de la venus.

familiarizado con la ferocidad de los tiempos heróicos, se esforzó en crear hábitos sociales que cooperasen á robustecer el cuerpo, y pretendia, como otros legisladores posteriores, estar en comunicacion con Júpiter, para sellar sus decisiones legislativas con el carácter sagrado é infalible de la divinidad. ¿Qué hay pues, que estrañar de que Licurgo adoptase iguales costumbres austeras para regenerar un pueblo enervado y corrompido?

Por este motivo se ocupó menos de su constitucion política que de la educacion doméstica y social, y prefirió la robustez física á la moralidad de Esparta.

Se atendia con escrupuloso celo á la época y requisitos del matrimonio, y educábanse las mugeres varonilmente en los gimnásios para dotar á la pátria de ciudadanos fuertes. Los espartanos repudiaron muchas veces á las mugeres estériles para tener hijos de otra, y tambien las entregaban á algun jóven de temperamento atlético con tal de poseer una prole saludable y vigorosa. Con este objeto se instituyeron certámenes en Esparta lo mismo que en Elida y Lesbos, para adjudicar premios á la hermosura y gallardia de los hombres. Por eso la raza lacedemonia estaba dotada de una belleza extraordinaria, y los mainotas que descenden de ella, conservan todavia sus rasgos característicos en sus fuerzas hercúleas y en su libertad indómita y feroz.

Segun las leyes de Licurgo el que venia al mundo sin los signos de buena conformacion y robustez, era despeñado desde las rocas del Taigeto. Los niños asi que nacia se les sumergia en el agua fria de los rios, como en los pueblos salvajes se acostumbra todavia; se les acostumbraba á dormir en el suelo, á no quejarse nunca, y á los siete años eran arrancados del hogar paterno pa-

ra entregarlos á los maestros públicos como hijos de la patria. ¡Educacion fiera que, despertando y robusteciendo el amor pátrio, debilitaba la naturaleza y los sentimientos generosos del alma!

A los doce años, despues de un rudo aprendizaje, endurecian su cuerpo y su corazon con ejercicios violentos; escuela preparatoria de los combates sangrientos y término de la educacion de aquellos pueblos esencialmente guerreros. Los lacedemonios, que no buscaban el placer en el baño, sino la limpieza y el vigor, descuidaron la construccion de estos establecimientos y se bañaban en las aguas del Eurotas.

Si hemos de juzgar de la higiéne de los persas por lo que nos dicen Jenofonte en su Ciropedia y los médicos que lo han copiado sin exámen y escrupulosa crítica, tenia muchos puntos de contacto con la de Esparta. Pero el autor de las Helénicas se propuso á nuestro parecer, presentar á sus conciudadanos un bello contraste de sus costumbres en dicha novela histórica, ó describir las de la tribu de los pasagardos, que era la de los nobles del pais, porque gimiendo los persas en el despotismo asiático, eran serviles, afeminados, y se abandonaban á los excesos de la gula y del vino. No cuadran bien los elogios de la Ciropedia á un pueblo tan corrompido y entregado al lujo, y del cual hemos importado las modas de las *Literas*, *Sombrillas* y otros objetos de comodidad.

La opinion que antecede queda mas robustecida con el testimonio referido de Herodoto, hablando de los cráneos de los persas y de los egipcios. El general Ferrier que ha mandado por mucho tiempo en Persia se explica del modo siguiente en una carta publicada en un pe-

riódico de literatura: «Los persas aman muchísimo el lujo y el reposo: el mayor número de ellos vive en el ócio, á espensas de la parte mas pequeña y pobre de la poblacion. Este uso no es reciente en ese pais, sino que por el contrario parece haberse practicado *desde hace muchos siglos.*»

Nos ha parecido conveniente consignar estos hechos, por haber visto reproducida en varios escritos la apologia que Jenofonte hace de esta nacion. Lo que si nos dice Platon es: que los hijos de los reyes eran confiados á los eunucos á la edad de siete años, para que sus maestros los instruyesen en los ejercicios gimnásticos, en la virtud y en la ciencia de gobernar.

Roma, pueblo gigante, ciudad eterna, que desde la humildad de su cuna, mecida por una horda de malhechores y descontentos, se elevó al imperio y dominacion del mundo nos da tambien en su primitiva y robusta organizacion social, y aun despues de enervada por el lujo y la corrupcion, testimonios irrecusables de su atenta predileccion por la higiéne. En tiempo de la república reinaba la sencillez y frugalidad hasta en las familias mas pudientes, y la historia no ha olvidado á Cincinato, abandonando los haces consulares para coger de nuevo el arado, y á Curio Dentato, que recibió á los samnitas comiendo habas mal condimentadas en un plato de barro tosco.

Pueblo agrícola y guerrero, sus costumbres estaban en relacion con sus ocupaciones. La gimnástica llegó entre los romanos á un grado de perfeccion sorprendente, degenerando despues en las luchas bárbaras del circo, de los gladiadores y del pugilato. Se crearon fondos para el ornato y aseo de la ciudad, para abastecerla abundantemente de aguas, y todos los ramos de higiéne pú-

blica estaban encomendados á los ediles, empleados, plebeyos y auxiliares de los tribunos.

Los romanos atribuian á los baños una virtud eficaz para prolongar la vida y conservar la salud, y antes que se establecieron dentro de la poblacion se bañaban en el Tiber. Se dice, que Mecenas mandó construir el primer baño público en Roma, llegando á multiplicarse despues de un modo tan prodigioso, que Agrippa solamente hizo edificar 170 para el pueblo. No admira tanto el número casi fabuloso de los baños, como la suntuosidad con que estaban construidos, magnificencia que todavia se hecha de ver en las derruidas termas de los emperadores Tito, Caracalla Diocleciano, Neron, Agrippina y Trajano. Aseguran algunos historiadores, que en algunos podian bañarse á un tiempo mas de ocho mil personas. Antonio Musa médico del Emperador Augusto logró curar á este con el uso de baños frios, y desde entonces logró que estuviesen en gran boga y se bañaban en todo tiempo y en la estacion mas fria.

Graves personajes hicieron gala y tenian vanidad del atrevimiento con que se sumerjian y nadaban en todo tiempo. El filósofo Séneca se vanagloriaba de ejercitarse en la natacion por la temperatura de las kalendas de Enero por agradar al Emperador. (1) Esta moda tuvo un efecto escelente, pues la natacion adquirió tal honor, que llegó á formar parte obligada de toda buena y esmerada educacion.

(1) Primero de Enero. Los cortesanos de Luis XIV rey de Francia se procuraron artificialmente fistulas en el ano para captarse las simpatias de su señor que la padecia. Levy, traite d'Hygiène publique et privee tome premier p. 13. ¡De cuanto es capaz la baja adulacion!

El, no sabe leer ni nadar, decian, en los tiempos de Plutarco para señalar un hombre como enteramente ignorante. *Neque litteras didicit nec natare.*

Prescindiendo de otras obras no menos colosales que los establecimientos balnearios, cuyo estudio pertenece al artista, sirven á nuestro propósito los magníficos acueductos y las escelentes vias militares para trasladarse las tropas con mas comodidad y presteza de unas á otras provincias del imperio. Estas y las demás precauciones en favor de la salud y disciplina del soldado, debieron tener gran influjo en que los ejércitos romanos no se viesan diezmados por enfermedades epidémicas frecuentes, á pesar de sus continuas y lejanas espediciones.

Los Arabes tenian con los israelitas un origen comun en la persona de Abrahan, y recibieron con su religion iguales costumbres y tradiciones. No practicaban la circuncision al nacer, sino en una época mas adelantada de la vida; y Mahoma, al fijar en el Coran las abluciones, la prohibicion de la carne de cerdo, del vino y de los licores, no hizo mas que imprimir una sancion legislativa y divina á lo que estaba prescrito por la costumbre. Sin embargo, poco ó nada se encuentra en la ley del Profeta que interese á la higiene pública, á escepcion de los baños, en los que el lujo oriental desplegó su esquisito gusto y su aficion á los deleites, no siendo los menos dignos de admiracion los que construyeron en nuestra península.

Esta ligerísima ojeada sobre los pueblos antiguos es la mejor prueba de la predileccion con que miraron sus legisladores los preceptos higiénicos, aunque descollando sobre los demás los relativos á la gimnástica, á los baños y al régimen alimenticio. Consérvase el poderio de las

naciones, la robustez y hermosura de las razas, y el vigor y la salud del individuo, mientras la higiene forma la base principal de la educacion y de las costumbres; y por el contrario, arruínanse los estados y se enervan los habitantes conforme aquella ciencia es sustituida por el vicio y la corrupcion. La Grecia, deificando á la salud floreció, estendió su poder y dominó con la virtud y la ciencia: relajando sus hábitos de sobriedad y templanza, afeminándose con los placeres, y entregándose á los excesos mas vergonzosos, se aniquiló en luchas intestinas, y quedó sujeta al yugo extranjero; lo mismo le sucedió á la indomable Esparta y á la belicosa Roma, cuyo poder estaba cimentado en la austeridad y rigidez de su organizacion social, y en la moralidad y buena direccion de los hábitos de la vida privada.

La educacion física, tan universalmente descuidada, la investigacion de las causas de insalubridad de los pueblos, y las medidas que deben adoptarse para destruirlas ó contener sus estragos, han de formar el objeto preferente, y ocupar la atencion de los gobiernos civilizados, porque en ello va no solo el bien del ciudadano, sino la prosperidad y el engrandecimiento de las naciones.

Además del interés de la humanidad, militan razones poderosas de alta política y de importancia social reconocida, para que no se desatienda la salud pública; pues sin este elemento constitutivo de la sociedad se careceria de ciudadanos robustos para los trabajos industriales, las faenas agrícolas, las fatigas de la guerra y el progreso de las ciencias.

La medida de la prosperidad de un estado se encuentra en los grados de felicidad que disfrutan sus habitantes. ¿Y qué felicidad, qué alegría, qué patriotismo

ni energía moral puede hallarse, donde falta la salud de las empresas atrevidas? Por manera, que bien pueden calcularse la civilización y los adelantos en las ciencias físicas, morales y políticas de una nación por el estado en que se encuentre la salud pública, siempre en armonía con la educación individual y con la solicitud del gobierno en plantear y llevar á debido término las mejoras morales y materiales, que surgen del estudio y conocimiento de la medicina administrativa. Este debió ser el conocimiento del célebre Platon, cuando aseguraba, que *podia conocerse si la educacion de un pueblo estaba abandonada, por la necesidad de médicos y de jueces.*

En vano se esforzarán los gobiernos en dar ensanche á los derechos políticos, ó en fomentar los intereses materiales de los pueblos. Apesar de estas reformas que el espíritu público conquista, ó que los sábios gobernantes introducen, la sociedad se agita en continuo y turbulento desasosiego; porque estos bienes que se la conceden, no subsanan los males que la devoran, y las ilusorias esperanzas que concibe, se desvanecen ante la triste y desconsoladora realidad de sus padecimientos progresivos. Oigamos á propósito de esto lo que dice Mr. de Ville-neuve. «¿Qué es un obrero sin instruccion, sin probidad, sin buenas costumbres, sino una máquina bruta sometida á necesidades que tiene que satisfacer incesantemente, y que subsisten, aun cuando permanezca ociosa, ó se haya imposibilitado para todo?» En el obrero ignorante é inmoral apágase muy pronto la inteligencia, falta de escitacion y de ejercicio, y todo termina, reduciéndolo á la vegetacion de la vida física. Sin prevision para mañana, consume en la taberna, café y demas sitios de disolucion las módicas ganancias del dia ó de la

semana. Si se casa, obedece ciegamente á un instinto brutal y desordenado, y si tiene familia la desprecia ó abandona como una carga insoportable. Obligado á los trabajos sedentarios, y algunas veces escesivos, debilitanse desde luego sus fuerzas, que su destemplanza contribuye tambien á agotar, y una vejez prematura le priva de trabajo, y por consiguiente de subsistencia; y entonces, sino lo acoge un hospicio, sino lo ampara la caridad, no le quedan otros ni mas recursos que la mendicidad, el crimen ó la muerte.»

Muy horrible y repugnante es la pintura con que á cada paso se nos retrata la degradacion de la miseria; pero de nada sirven los consejos de la ciencia, vencida siempre y desatendida por el vil interes individual, que se sobrepone al bien de la sociedad. Regístrense sino esos barrios inmundos, donde se albergan las ínfimas clases en hediondos patios y en cuevas mefíticas y húmedas, sin luz ni ventilacion, ó en reducidas boardillas, que las mas no tienen la elevacion suficiente para mantenerse de pié sus habitantes. Allí una familia numerosa, despues de haber devorado un alimento insuficiente ó mal sano, se aglomera en el reducido espacio de un aposento insalubre, para buscar en el sueño el descanso de sus diarias y penosas fatigas. No hace mucho se practicó un reconocimiento en las casas hospitalarias de Málaga conocidas con el nombre de *Cotarros*, en los tan nombrados barrios del Perchel y de la Trinidad, en las que se encontraron hacinadas y durmiendo en el suelo ó en mugrientas esteras, en medio de olores nauseabundos, várias personas de diferente sexo. ¿Qué no se encontraria si se registrasen de noche las casas hospitalarias de la Corte, de Barcelona, Sevilla, Zaragoza &c.? Este hecho, que no

solo es contrario á la salud, sino que tambien afecta á la moralidad pública ha sido denunciado varias veces por los periódicos médicos y políticos.

¿Se extrañará todavía alguno de que en semejantes casos dejeneren en constituciones débiles y enfermizas las mas apuestas organizaciones, minadas profundamente por el tósigo de la miseria? ¿Cómo no ha de compadecerse, y hasta cierto punto disculpar de sus extravios, á esos seres desgraciados, que careciendo de la necesaria instruccion y preciso sustento, se sumerjen en los vicios, buscando una tregua á sus sufrimientos en el único placer con que les brinda su degradacion? ¿Por qué ha de sorprendernos el ódio reconcentrado y la amarga sonrisa del pobre, al comparar sus destrozados y asquerosos harapos con el lujo fascinador y las comodidades del rico? *Las clases proletarias, dice el economista ya citado, privadas de alimento moral y de bien estar físico, quieren entrar á su vez, á buenas ó á malas, en la particion de los bienes de este mundo.*

Esta lucha es tanto mas terrible, cuanto que á la desesperacion del hambre y de la miseria se asocian los instintos sanguinarios de la envidia y las pasiones bastardas de la ignorancia y del vicio. Por eso muchas veces ha peligrado la tranquilidad pública, y se han conmovido hasta en sus cimientos los principios conservadores de la sociedad, cuando esas clases, como furiosas Bacantes, han corrido por las calles agitando la tea incendiaria de las revoluciones. Por lo mismo tambien ese embrutecimiento del cuerpo y la abyeccion del espíritu, ese marasmo moral é intelectual, altamente repugnante para las personas cultas y civilizadas, es digno de nuestra consideracion, y de excitar los benévolos sentimientos de las autoridades.

Lejos de apartar la vista con repugnancia de esa gangrena social, hay que aplicar todos los remedios heróicos de la ciencia administrativa para contener sus progresos y evitar su reproduccion.

Si de las grandes poblaciones, donde se ostenta todo el refinamiento y el lujo de la opulencia, contrastados al lado de la mas espantosa miseria, nos trasladamos á los pueblos y á las aldeas, veremos tambien marchar en un desacuerdo lamentable la higiéne social y la ciencia administrativa: ó por decir mejor, aquella está completamente abandonada. Se ignora hasta si tiene derecho alguno para intervenir en la construccion y distribucion apropiada de los edificios, y los municipios para nada se cuidan de esta parte importantisima de la policia urbana, cuya utilidad y conveniencia son incuestionables. Por fin, en las capitales y en otras poblaciones de alguna consideracion hay comisiones que entienden y vigilan sobre lo que al ornato público concierne, aunque no siempre lo que se llama adorno y hermosura, que generalmente se concreta á la simetria de las casas y á la conformidad de sus fachadas, está basado en las reglas sábiamente establecidas por la higiéne.

En los pueblos pequeños faltan esas mismas comisiones, y si no hay palacios que edificar, muy bien pudieran prestar grandes servicios, haciendo que se levantasen moradas dignas del hombre.

Como sus habitantes se dedican por lo general á la agricultura, viven confundidos bajo un mismo techo las personas y los animales que con ellas comparten las faenas del campo. Muchísimas veces, y es lo mas comun, se albergan hombres y ganados en una habitacion baja, obscura y de mezquinas dimensiones, donde el aire no

se renueva, y necesitando tal vez encender fuego en tan reducido recinto.

De manera que este miserable albergue sirve á un tiempo de cocina, de establo y de dormitorio á una familia numerosa. En estos casos no es solo la salud del cuerpo la que se altera y deteriora, sino que tambien la salud del alma sufre un menoscabo irreparable, y cuyos amargos frutos han de llegar á madurar mas tarde, con la corrupcion de las costumbres, resultado indispensable de una educacion poco esmerada, que es la escala fatal por la que se llega á la última meta de los crímenes mas horrendos, demostrándonos la estadística criminal, que esta clase de séres degradados es la mas propensa á lanzarse en la via de los desaciertos. Y no podia suceder de otro modo; porque confundidos desde su mas tierna edad los niños de ambos sexos en un mismo lecho, y presenciando entre sus padres escenas nada conformes á la sana moral, se agota entre ellos el pudor, esa flor virginal de la infancia y pura emanacion de la inocencia.

En la desventajosa posicion social que acabamos de bosquejar y en una habitacion con las condiciones de insalubridad descritas, de todos conocidas por desgracia, el organismo tiene que resentirse en el conjunto de sus funciones y destruirse el consensus fisiológico. Y hé aquí explicado el porqué de esos semblantes pálidos y abotagados; de esa mirada triste, empañada y lánguida; de la flacidez de las carnes, con la poca energía muscular y la obtusion de la inteligencia.

El mismo origen reconocen los depósitos de linfa alterada, que simultánea ó sucesivamente aparecen en distintas regiones del cuerpo, la tuberculosis y la escrofulosis con todas sus manifestaciones protéicas y el elemento

asténico que imprime á todas las enfermedades el sello de su carácter hipostenizante ó adinámico.

En estas clases desgraciadas es donde se inician casi siempre las grandes calamidades epidémicas, sirviendo de heraldos á la muerte que se presenta aterradora é inexorable ante la sociedad confiada y desprevenida para el ataque. Entonces el gobierno, que tambien participa del pánico general, dicta disposiciones acertadas para oponerse á la propagacion de tan terribles enemigos; pero estas mismas medidas, cuya observancia se encarga bajo la mas estrecha responsabilidad, son un cargo severo y una prueba elocuente de la indiferencia con que se miran en circunstancias normales los preceptos higiénicos. ¿Por qué se ha de esperar la inminencia del peligro para desplegar ese celo laudable en beneficio de la salud pública? ¿Son acaso temibles solo las epidémias, para que su terrorífica impresion nos haga volver la vista con ansiedad hácia las páginas salvadoras de las ciencias de la salud....? Tanto indiferentismo, únicamente comparable al quietismo é inmovilidad de ciertos pueblos asiáticos, parece una fatalidad inevitable, que pesa sobre las sociedades como un mal que no tiene remedio, á pesar de las escitaciones y de los contínuos clamores de los hombres reflexivos y pensadores.

El Sr. Conde de Cabarrús, al hablar de la sanidad pública decia: *que era el objeto mas precioso y mas descuidado de los Estados*; y despues de lamentarse de que al abandono sanitario no parecia admitir por nuestra parte más escepciones que la peste, de la cual habíamos creido lícito resguardarnos, exclamaba con su acostumbrada valentia, en la carta V, dirigida en 1792 al ilustre Jovellanos, de la manera siguiente: «Pero que una enfer-

medad horrible y exótica, digno premio de la extravagancia de las cruzadas, arrebate en su flor la cuarta parte de nuestra población; que otra, mas cruel aun, inficione las generaciones enteras, y contradiciendo la naturaleza, la ofenda en la mas imperiosa de sus necesidades; que las fiebres epidémicas concluyan con una porcion de los que se libertaron de ambos riesgos; en fin, que nuestros hospitales y cementerios compliquen el corto número de enfermedades sencillas á que estaria sujeta nuestra especie, y dén el ser á males desconocidos, y digamoslo así, ingenieros, que atormenten ó abrevien nuestra efímera existencia, que las castas enteras se degraden y se sacrifiquen; *ahí* está nuestro tribunal de sanidad, que no conoce ni teme mas que la *peste*, y que se aviva cuando oye hablar de peste.»

Tal vez nuestra situacion sea más próspera y bonanzable que la que tan amargamente describe el profundo escritor citado, porque en gran parte se hayan reconocido las causas que él señala como productoras de este desconcierto. Volvamos á oir sus conceptos filosóficos, que son los mismos que nosotros nos atreveriamos á recomendar á todas las autoridades, para proceder con tino siempre que hubiese de plantearse alguna medida de interés para la higiene pública.

«Es cierto, escribe Cabarrús, que para no desmentir nuestra acostumbrada sabiduria, hemos tenido gran cuidado de escluir de este establecimiento los únicos individuos capaces de hacerle corresponder á su objeto, evitando el peligroso ejemplo de confiar exclusivamente la autoridad á la ciencia y á la aptitud. La jurisprudencia dispone de nuestra vida, de nuestros intereses, dirige el arado, los talleres, el entendimiento y las conciencias. ¿Có-

mo se habia de sustraer á su omnisciencia la conservacion de nuestra especie?

Usted sabrá, sin duda, el origen de esta plaga de la humanidad: Ud. sabrá, qué pretextos cohonestaron el error grosero y lamentable de ser suficiente el estudio de lo que se llama derecho, para entender y dirigir todos los asuntos á que es aplicable; pero yo que he leído poco, principalmente de estas materias, apelo á mi razon desnuda, y la pregunto vanamente: ¿Cómo, de ser contendibles todos los objetos, resulta que los conozcan los peritos de las relaciones litigiosas? ¿Cómo se pudo persuadir á los gobiernos de que el conocimiento de las superficies, equivalia al de las cualidades intrínsecas ó relativas? ¿Y cómo estos medidores universales (que se llaman jurisperitos) del trigo, del paño, de la moneda, de las drogas, pudieron creerse con los conocimientos del labrador, del fabricante, del platero y del médico? «Y sin embargo, á tan lamentable equivocacion se deben atribuir los atrasos de las sociedades políticas en los ramos más importantes, la degradacion física de la especie humana y su embrutecimiento moral..... Aquí es, por consiguiente, amigo mio, donde para hacer algo es menester deshacer todo lo que se ha hecho; confiar exclusivamente el precioso depósito de la salud pública á las manos capaces de conservarlo y mejorarla, ora se introduzca un número suficiente de facultativos en el consejo de administracion (de que he hablado en mi carta anterior) ora que formando estos un cuerpo separado, traslade éste á aquel sus dictámenes para todos aquellos puntos que interesen á la policia general ó privada de los pueblos estableciéndose desde luego los principales.»

Este cuadro está trazado con mano maestra, y es im-

posible desconocer en él las causas que han entorpecido, así en los pueblos como en los establecimientos de beneficencia, las mejoras sanitarias, que la sociedad pudiera y debía reportar. Si parásemos nuestra atención en las funestas consecuencias que á la salud pública acarrea el olvido de la higiéne, veríamos, que este abandono ocasiona mas estragos que la peste y el cólera que tanto nos atërran; pero como los efectos de aquellas trasgresiones son mas lentos, no impresionan la imaginacion de las gentes, que en su ignorancia suelen achacar las enfermedades á otras causas que ninguna participacion han tenido en su desarrollo.

Lejos de marchar en la via de las reformas sanitarias por la senda del progreso, vamos, sino estacionándonos, conculcando, infringiendo y menospreciando las antiguas pragmáticas y las recientes ordenanzas que tratan de los establecimientos públicos, que ya por el objeto de su industria, ya por la aglomeracion de personas, pueden alterar el aire.

Estas concausas, obrando de consuno con las ya indicadas, en poblaciones cuyo perímetro no guarda proporcion con su crecidísimo vecindario, y donde falta el espacio necesario para la renovación del aire que ha de consumir cada individuo, agravan más y más la suerte precária de sus moradores, que mas bien parece que andan y se agitan en las estrechas calles de estensas necrópolis, que en ciudades destinadas para mansion de los vivos.

Véase, sino, si es conveniente á la salud que en los puntos mas céntricos se permitan las fábricas, esas grandes manipulaciones de la indústria, en donde, las materias orgánicas entran en descomposicion, impregnándose

el aire de emanaciones dañinas, que cuando menos ofenden el olfato de los transeuntes. Dígase al mismo tiempo, si estos establecimientos tienen en todas sus dependencias las condiciones de salubridad con que debe garantizarse la existencia de los obreros, que pasan allí todo el día y gran parte de la noche....

Igual abandono y la misma reprensible incúria se advierte en los demás puntos de policía sanitaria. La situación de algunos pueblos en localidades insalubres, es causa de que sus habitantes sucumban mas pronto, atormentados por enfermedades endémicas rebeldes, que dependientes de la topografía, mientras esta no se modifique, no le es posible al médico triunfar de ellas por completo. Las calles estrechas, tortuosas y mal empedradas, los lozadales y pantanos y otras muchas circunstancias desfavorables á la salud pública, desaparecerian del todo, ó en su mayor parte, si la higiene fuese lo que debia ser, y si los médicos no continuasen alejados de los destinos administrativos. Tal vez esos pequeños focos, que generalmente pasan desapercibidos por la indiferencia con que se miran, cuando á grandes y terribles epidémias se quieren asignar tambien causas grandes y hasta misteriosas, sean el fomés epidémico mas frecuente, que inútilmente se busca en hipótesis insostenibles y en brillantes é ingeniosas teorías. Quizá las epidémias tíficas, que de algun tiempo á esta parte afligen á distintas comarcas, deben principalmente su existencia á las mismas emanaciones. ¿Qué diremos de las poblaciones sumergidas en cenagosos pantanos? ¿Qué de las que por incúria los tienen tan cerca de las casas que les produce un pernicioso influjo en su salud y no obstante se oponen á su saneamiento? Responda el Arrabal de Zaragoza con sus balsas del Ebro

viejo, (1) la villa de Zuera y otros muchos pueblos donde sucede lo propio.

Parece increíble que se sucedan tantos desastres, y y amengüe en tanto grado el censo de la población, por causas de todos conocidas, y de acción tan constante, que ninguno puede jactarse de salir incólume de la atmósfera pantanosa, cuando un día y otro ha respirado sus venenosos efluvios. ¿Y cómo es que pesando sobre los gobiernos, entre sus mas sagradas obligaciones, el deber de destruir ó atenuar las causas generales y locales de insalubridad, no sólo abandona esta tarea humanitaria, y presencia con estóica calma los innumerables brazos que arrebatan á la agricultura los focos pantanosos naturales, sino que tolera y consiente que la población rural se sacrifique y degrade con los pantanos artificiales.

¿No es doloroso para el médico y para todo hombre medianamente versado en los estudios de la medicina administrativa, ver esos inmensos arrozales, esas grandes balsas artificialmente formadas al rededor de las casas de campo, en las que arrojan los labradores una crecida porción de vegetales para que fermenten y se conviertan en estiércol, sin mas medios de desagüe que la evaporación? ¿Y cuál es la razón de que esta viciosa costumbre subsista con detrimento de la salud pública? Sensible es decirlo, pero fuerza será tambien declararlo, con la esperanza de que señalando la causa se opongá el correctivo.

Si todos los que se dedican á la carrera de adminis-

(1) Siendo Gobernador y Alcalde Corregidor de Zaragoza D. Antonio Candalija en 1868 y 1869 mandó cegarlas, con lo cual produjo un gran bien á los habitantes del citado arrabal que estaban agoviados por las fiebres palúdicas.

tracion, contasen entre sus estudios y entre las pruebas de idoneidad los conocimientos indispensables de *Higiéne legislativa*, ellos apreciarían mejor el valor de las leyes sanitarias, de las cuales tienen que ser no solo fieles y severos ejecutores, sino ilustrados y celosos intérpretes. Entonces la voz del médico sería escuchada con respeto, y sus consejos higiénicos no se calificarían de impertinentes y ridículas exigencias ó de meticulosas admoniciones, mostrándose de su celo previsor y de su *optimismo* sanitario. Si; porque con mas vigilancia en la administracion para hacer ejecutar las disposiciones de policia médica, y con mas teson para castigar á los infractores, los pueblos se convencerían de que esas epidémias asoladoras, llamadas *azotes del cielo* y atribuidas á castigos providenciales, eran debidas únicamente á lo que menos se pensaba á la inobservancia de las leyes sanitarias. Con esta educacion higiénica, esos mismos pueblos que hoy miran con prevenicion y hasta con marcada ojeriza todas las medidas que, mejorando su condicion social, lastiman de alguna manera sus intereses materiales, bendecirían la mano protectora que los guia.

Y no se aduzcan como causas de imposibilidad la penuria de los pueblos, la escasez de fondos públicos y la perentoria necesidad de otras atenciones importantes; porque ninguna necesidad apremia mas, ninguna atencion del estado puede sobreponerse en las naciones cultas y bien administradas á los medios indispensables de conservar la salud de todas las individualidades que constituyen el estado social. No es, no, la falta de recursos pecuniarios el motivo de cercenar los gastos que con derecho reclama la higiénica; pues á pesar de la decadencia de los pueblos y del cuadro poco lisongero de su

riqueza, se atiende, hasta con profusion á las necesidades de un ejército permanente y la complicada maquinaria de la administracion de la justicia. ¿Mas, por qué esta discordancia en instituciones igualmente útiles y necesarias en una nacion civilizada? Porque lo mismo á los hombres de gobierno que al pueblo se les ha enseñado, hasta el punto de parecer una verdad trivial, que la seguridad individual y la de la propiedad que el respeto á la ley y la moralidad de cada ciudadano, son el mas firme apoyo de la pública tranquilidad y del próspero desenvolvimiento de la sociedad, y que para afianzar estos sagrados objetos y castigar al criminal, es indispensable contribuir al sostenimiento del ejército y de la magistratura; pero como á este mismo pueblo, y á la generalidad de los empleados, no se les enseña á apreciar en su justa importancia cuanto influyen las mejoras higiénico-administrativas en la civilizacion y engrandecimiento de un pueblo; de aquí esa fuerza de inercia que paraliza y consume todos los gérmenes de riqueza pública, que degrada á los individuos y despuebla nuestras campiñas y ciudades. Que se difundan estas verdades, poniendo al alcance de todas las inteligencias los conocimientos higiénicos; que ellos formen parte de la educacion elemental, y entonces el ramo de sanidad no tropezará con tantos obstáculos y preocupaciones.

La instruccion y la conveniente direccion de la inteligencia y de las fuerzas físicas, la salud y la economia, son las bases indispensables en que debe asentarse el sistema de enseñanza de las clases proletarias, fortificándolas con el sentimiento religioso, para mejorar su condicion política y social. ¿No seria una locura hablar á hordas salvajes de libertad civil, de derechos políticos, que

convertirian con su ignorancia en la mas atroz licencia y en la anarquia mas espantosa, sirviendo para su ruina los elementos benéficos de un gobierno civilizado?

Desconocida la recta apreciacion de lo justo y de lo injusto, ignoradas las máximas higiénicas para la conservacion de la salud; los vicios, la miseria, las enfermedades, en una palabra, la degradacion física y moral, minan la existencia del cuerpo social, y las leyes represivas serán solamente un débil freno, impotente las mas veces, para corregir las faltas y prevenir los delitos. De todo lo espuesto se deduce el pensamiento filosófico que venimos desarrollando, á saber; que la educacion es la base de la moralidad, del bien estar y del vigor de la especie humana.

Pero la educacion moral y la intelectual, sino han de tener un desenvolvimiento imperfecto y una aplicacion viciosa en sus evoluciones naturales, necesitan del concurso de la educacion física, que debe ser la primera en fomentarse, así como las necesidades animales ó físicas son las primeras y mas apremiantes en el individuo. El hombre, es verdad, está compuesto de *espíritu y materia*. Por el primero sale de la esfera de la animalidad, colocándose en una clase superior á todos los séres de la escala Zoológica, y aproximándose al Ente increado, del cual su alma no es mas que una emanacion: por la segunda, ó sea por la materia organizada vegeta y vive á su modo, teniendo muchos puntos de contacto con los irracionales. Esta dualidad, de cuyo conjunto resulta el ser mas perfecto, complicado y grande de la creacion, está tan intimamente enlazada en todas sus manifestaciones fenomenales, requiere para llenar sus funciones tal armonia en todos sus actos, que solo por abstraccion y por medio de un grande esfuerzo

de imaginacion puede concebirse separadas la una de la otra.

Esta mútua dependencia de lo material y de lo espiritual; esta accion recíproca que vemos reflejarse en el hombre por la influencia indeclinable de la parte física sobre la moral, y vice-versa, nos explica el cómo los placeres y los dolores físicos van á formar eco en esa especie de *autocracia espiritual*, que dirige las acciones del ser inteligente y pensador. Tambien nos explica de qué manera las afecciones morales ó las pasiones, *pasajeros eclipses de la inteligencia*, segun la frase pintoresca de una ilustre Académia, se convierten en causas de lesiones orgánicas incurables, y de no pocas muertes repentinas. Mr. Réveille-Parise asegura, que en nuestro estado actual de civilizacion, hay pocas enfermedades que no sean el contra golpe de una grande y viva afeccion moral.

La higiene en su elevada mision se apodera del hombre, estudia sus instintos, analiza sus sentimientos, y escudriña en sus facultades intelectuales cuanto pueda oponerse al recto ejercicio de los órganos y alterar su salud. La higiene física, moral é intelectual enseñándonos que el hombre es un conjunto ó un compuesto de necesidades; que estas necesidades parten de distintos órganos, y que en el mero hecho de existir tienen un derecho á que se las respete, regularizando y ejercitando en la medida conveniente los aparatos orgánicos á que se refieren, nos indica desde luego que no se puede prescindir de esta ciencia en una educacion filosófica y bien ordenada. Ni seria posible dar un paso con acierto desentendiéndose de los estudios antropológicos, que nos conducen por un camino desembarazado y llano al conocimiento del hombre. Si algun ramo del saber humano puede contribuir á fo-

mentar el espíritu religioso en el seno de las familias, es la higiene. Ella patentiza todas las causas que son capaces de alterar la salud; prescribe reglas para robustecerla y prolongarla, enseñando al hombre á ser continente, sóbrio, aseado y virtuoso; le manifiesta todos los inconvenientes que acarrearán el desorden de las pasiones, los perjuicios de la ociosidad, los estragos de una orgía, y el cúmulo de enfermedades que se siguen á la infracción de sus leyes.

Pintando los vicios con el asqueroso atavio de su repugnante hediondez; considerándolos no solo como un atentado contra la moral, sino como una deformidad social y un foco de enfermedades físicas, han de disminuir considerablemente los excesos de las clases proletarias, los perjuicios de la embriaguez, y los ruinosos empeños y escandalosas escenas del juego y de la prostitucion. El que aprende á reconocer como sagrados é imprescriptibles los deberes de su profesion, los cumple sin violencia, con prontitud y con gusto; al paso que el ignorante se revela contra todo poder, contra todo derecho, y solo tasca á la fuerza y por miedo el freno de la subordinacion y de las leyes.

Y no se crea que lo dicho es una bella utopía como otras tantas que en política fascinan el sentido comun de los pueblos; porque además de apoyarse en la razon, viene la esperiencia á sancionar con el sello de su infalibilidad la exactitud de las anteriores reflexiones.

Así es, que diariamente notamos los esfuerzos que se han hecho en ensayos coronados de un éxito feliz, para mejorar las razas de los animales destinados al servicio del hombre, y no podemos menos de confesar los grandes adelantos que en este ramo se han conseguido, al

paso que deploramos lo poco que se ha estudiado por los gobiernos al hombre, como individualidad y como clase, para conducirlo por la senda de su perfeccionamiento físico y moral al término civilizador de su destino en la tierra. ¡Prémíase á los granjeros y ganaderos de todas clases que presentan mas bellos tipos de las especies irracionales, perfeccionadas con reglas que emanan del conocimiento de su organizacion y de sus funciones, del clima, de los pastos, &c. y se abandona á la pobre humanidad al capricho de sus instintos pervertidos, sin que baste á sacarnos de tan criminal apatía su degradacion creciente!

No son nuestras reflexiones una recriminacion lanzada contra las sociedades agronomo-zoológicas, ni un anatema fulminado contra los particulares que se interesan en el fomento de la cria caballar y de la industria pecuaria: son por el contrario la espresion de un sentimiento doloroso que parte del fondo del corazon, al comparar aquellos esfuerzos laudables de los amigos de la agricultura y de la ganaderia con el estupor que hiere de muerte á las instituciones higiénicas. Es cierto, que las continuas escitaciones de la prensa médica y de los profesores influyentes por su posicion oficial, han conseguido que la consideracion del gobierno se fije con algun detenimiento en las cuestiones capitales del ramo de sanidad pública; pero esto no basta.

Es verdad, que con el real decreto de 5 de Abril último, la higiene de los pueblos habia de mejorar, recibiendo un grande impulso con los deberes que el nuevo arreglo de partidos imponia á los médicos titulares, ya con relacion á los pueblos, ya con relacion al gobierno; y que por este medio tambien podrian obtenerse, tal vez dentro de

poco tiempo, datos muy interesantes para formar la geografía y estadística médicas del país; pero repetimos que esto no es suficiente.

Con tales disposiciones la higiene pública ensanchará el horizonte de sus benéficas aspiraciones; pero la higiene doméstica continuará rezagada y estacionaria, y los focos de insalubridad que existen en las casas, los vicios y la corrupción que la ignorancia perpetúa entre las clases pobres, y otras causas individuales que no entramos á analizar, á la par que contribuyen á mantener en su degradación vergonzosa á los individuos, serán una fuerte rémora y un obstáculo insuperable para el perfeccionamiento de la especie y para el bien estar de la existencia colectiva de las naciones. Por lo mismo, es muy sensible que entre las asignaturas de la enseñanza primaria no figure la higiene, ni siquiera al lado de las menos necesarias, para que el corazón de la infancia, blando como la cera, y donde se imprimen lo mismo los gérmenes del bien que del mal, se familiarice con las máximas de una buena educación. Sin este aleccionamiento preliminar, teórico y práctico á la vez, que vaya poco á poco infiltrándose en los hábitos sociales y en la vida doméstica vanos serán todos los esfuerzos de los legisladores. (1)

Hemos visto en la historia antigua á los gobernantes legisladores y sacerdotes ingerir los preceptos higiénicos en las costumbres populares con el auxilio de la religión; porque sin ésta y sin las costumbres arraigadas en la

(1) Podemos dar gracias que desde que era Ministro de Fomento el Excmo. Sr. D. Manuel Orovio, se estudia la higiene en la 2.^a enseñanza á espensas de cercenar algo el estudio de la Historia Natural.

vida de los pueblos, las leyes y los preceptos no son mas que la hermosa portada de un libro social que está por componer.

No pueden vanagloriarse las sociedades modernas, en medio de su decantada civilizacion, de haber estudiado en el hombre sus necesidades físicas, intelectuales y sociales, para imprimirles la conveniente direccion en armonia con el espíritu de nuestro siglo, descuidando aquellas medidas de comun utilidad, que si, al parecer, refluyen en bien de los individuos aislados, son en el fondo un elemento poderoso de orden, de prosperidad y de progreso para las naciones.

La higiene pública de acuerdo con la ciencia administrativa y con la estadística, demanda tambien prontas y útiles reformas para contener los estragos de la miseria y del pauperismo; de esta espantosa lepra de las sociedades modernas, que segun el erudito y eminente escritor nuestro Doctor D. Pedro Felipe Monlau, (1) «es una desdicha para los pobres, pero tambien es una fatalidad para los ricos y para las otras clases mas ó menos acomodadas; pues la miseria trae degeneracion física, corrupcion moral, enfermedades, pasiones tristes, prostitucion, delitos, revueltas, &c., y un pais donde abundan los pobres no puede ser morada saludable ni para los ricos.» Poco mas ó menos se espresa el vizconde Alban de Villeneuve-Bargemont en su *Economia política cristiana*. «La pobreza, dice, es una causa de degradacion física y moral que á

(1) El Dr. Monlau que con afan se dedicó á los estudios higiénicos acaba de morir y su pérdida será muy sentida por todos los hombres aficionados á la higiene.

la sociedad interesa prevenir; y, en fin, siempre que no sea el efecto de una desgracia merecida, la filosofía no podría ver en ella mas que una gran injusticia moral.»

Se debe llamar la atencion del gobierno una y otra vez con insistencia sobre este asunto, muy importante para el estudio filosófico de la higiene pública; porque se deja sentir hoy mas que nunca la necesidad moral higiénica y social de poner término al vuelo espantoso del pauperismo, y porque la mendicidad, generalizada y convertida en oficio ó en modo de vivir, es la carcoma de los estados y la causa de la decadencia del hombre.

«No puede concebirse, esclama nuestro esclarecido Melendez, por un alma honesta, ni por mas que se diga, ponderarse el envilecimiento, la torpe corrupcion, el olvido de todos los deberes, el embrutecimiento en fin, en que ésta clase de hombres vive generalmente. Sin pátria, sin residencia fija, sin consideracion ni miramiento alguno, sin freno de ninguna autoridad, ni profesan la religion sino en el nombre, ni conocen párroco propio que los instruya en ella, ni nunca en fin, se les verá en un templo oyendo una misa, ni en una devocion.

Dados al vicio y á un asqueroso desaseo, y durmiendo en cuadras y pajares mezclados y revueltos unos con otros, no conocen la honestidad ni la decencia, y borradas del todo las santas aspiraciones del pudor, se dan sin reparo á los desórdenes mas feos. De este estado de entera independendia y envilecimiento nacen precisamente la degradacion del alma, y el abandono brutal con que se entregan á todos los vicios. De la mendiguez á la rateria y al robo no hay mas que un paso, y otro del robo hasta el suplicio: ¿y cuántos no han parado en él ó en los presidios, que tuvieron su aprendizaje de mendigos?.... In-

terminable seria nuestra tarea si fuéramos á encomiar la utilidad de la higiene con el exámen analítico de todos los medios que están bajo el dominio de esta ciencia, para hacer conocer despues la apremiante necesidad de difundir sus preceptos; pero creemos haber demostrado con lo espuesto los dos extremos que nos hemos propuesto en nuestro mal coordinado discurso. Materia es esta que ofrece un campo infinito á la meditacion del filósofo, del político, del legislador y del médico; pero la justa desconfianza de nuestra insuficiencia y el temor de cansar la benévola atencion del ilustrado tribunal con las páginas descoloridas de nuestra escasa erudicion, nos han decidido á presentar solamente en relieve las cuestiones capitales de una ciencia, que debia estar grabada con caracteres indelebles en el corazon de todos los hombres. Ella sola puede salvar á la sociedad de su degradacion física, así como la Religion es la única que puede arrancarla de la abyeccion moral.

La Higiéne y la Religion son, pues, dos hermanas gemelas que marchan unidas, prestándose mútuo auxilio para guiar al hombre en la azarosa carrera de su vida, y pueden considerarse como los dos polos de la existencia, al rededor de los cuales gira la pequeña súma de felicidad que es dado alcanzar en este mundo.

Hemos terminado, Ilmo. Sr., el desaliñado trabajo que presentamos á vuestra aprobacion; ahora mas que nunca necesitamos de vuestra indulgencia. Para poder desarrollar la idea tan grande y tan interesante que encierra el tema elegido, hemos creido de nuestro deber apoyarnos en celebridades científicas, y citar continuamente los hechos descritos por los principales escritores tanto médicos cuanto filósofos. La empresa era muy superior á nuestras

fuerzas : no obstante, hemos procurado llenar cumplidamente nuestro cometido; acaso no lo hayamos logrado, pero si alguna duda se entreviese, á pesar de nuestros esfuerzos, de la verdad que hemos sentado, cúlpese á nuestra impericia frente á la grandeza del pensamiento y conste nuestra profunda conviccion.

Al respetable y eminente tribunal toca juzgar nuestro pobre discurso y á nosotros tan solo darle las gracias por la benévola atencion con que lo ha escuchado.

Madrid y Marzo 23 de 1871.

He dicho.

Pedro Martinez de Anguiano.

luchas, no obstante, hemos procurado tener en cuenta
 todo cuanto pudiera ser de utilidad para el estudio
 de la vida de algunos de los autores, a pesar de que
 el estudio de la vida de los autores, como es
 natural, importa mucho a la historia del pensamiento y
 como nuestra intención es contribuir a
 el estudio y a la historia de la literatura
 de los siglos XV y XVI, hemos querido dar a conocer
 por la biografía algunos datos que lo ha escuchado.

Madrid y Mayo 23 de 1871.

Victor Balaguer de Cabrera

DISCURSO

QUE PRONUNCIÓ

D. MANUEL SAENZ DIEZ,

DOCTOR

en Ciencias Físico-Químicas, Catedrático de Química de la Universidad Central y Licenciado en Medicina, en el acto de presentar al Claustro, para recibir la investidura de Doctor en Medicina, al Licenciado en la misma Facultad

P. PEDRO MARTINEZ DE ANGUIANO

el 28 de Marzo de 1871.

.....

Ilmo. Sr.

Tengo el alto honor de presentar al Claustro, que tan dignamente preside, al Licenciado en Medicina y Cirugía D. PEDRO MARTINEZ DE ANGUIANO para que V. S. I. corone sus deseos concediéndole la noble investidura de Doctor en la misma Facultad. Si alguna vez un padrino pide al Claustro de Doctores la investidura para su apadrinado y alega justos merecimientos, nunca con mas razon que ahora. Despues de haber hecho un brillante exámen ante el Tribunal competente el dia 23 de Marzo, el que aprobó por unanimidad su ejercicio y discurso para el Doctorado, mi apadrinado merece especial mencion por las cir-

cunstancias que le adornan, y que á pesar de su modestia, me voy á permitir mencionar.

Desde niño tenia una vocacion decidida para el estudio de la Medicina, pero habiéndose quedado huérfano de padre y madre en edad muy temprana y sin apoyo ni recurso alguno, se contentó con estudiar Medicina Veterinaria, en cuya carrera obtuvo todas las notas de *Sobresaliente* y fué pensionado por oposicion.

Apenas recibió su título de Veterinario de 1.^a clase, hizo oposicion á una plaza de segundo Mariscal de Caballeria y entre ocho opositores fué quien la obtuvo, por unanimidad en primer lugar. Despues de servir tres años en el ejército fué nombrado, prévia propuesta en terna, ocupando el primer lugar, por concurso, entre 22 aspirantes, *Agregado y Secretario* de la Escuela Veterinaria de Zaragoza. El año de 1859 obtuvo por oposicion *la Cátedra de Fisiología é Higiéne* en la misma Escuela, que en la actualidad desempeña, habiendo obtenido en primer lugar tambien y al mismo tiempo, prévia oposicion, *la de Supernumerario* de 1.^o y 2.^o año de la de Córdoba, y en tercer lugar *la Cátedra* de primer año de la de Leon.

Una vez Catedrático en propiedad estudió en el Instituto de Zaragoza toda la filosofia obteniendo las mejores notas y *el Grado de Bachiller en Artes* con la censura de *Sobresaliente*.

Cursó en Zaragoza toda la carrera de *Perito Quimico* y obtuvo el título correspondiente.

Cursó tambien y obtuvo el título *de Agrimensor y Perito tasador de tierras* en el mismo Instituto.

Nombrado *Director* de la Escuela de Veterinaria de Zaragoza, en 27 de Setiembre de 1866, por defuncion del que la desempeñaba, no por eso abandonó su aficion

á la Medicina. Cursó la Medicina y ganó todos los cursos y obtuvo el grado *de Bachiller* y el *de Licenciado*, en 24 de Junio de 1869 el 1.º y el 24 de Mayo de 1870 el segundo.

Durante tantos y tan variados estudios ha publicado cuatro obras importantes de Medicina humana y Veterinaria, ha sido juez en varias oposiciones, ha desempeñado varias comisiones y entre otras ha sido individuo del Jurado de la Exposicion Aragonesa. Este es Ilmo. Sr. el modesto Profesor, que hasta ha quebrantado su salud por su celo en la enseñanza, á quien tengo la honra de apadrinar en este solemne acto y para quien os vengo á pedir le concedais lo que tan de justicia le pertenece, esto es, la insigne investidura *de Doctor en Medicina* á que con tanto anhelo á aspirado y que ha sabido hacerse acreedor.

Concedida mi peticion doy á V. S. I. las gracias mas repetidas por tanto favor. = He dicho.

DISCURSO DE GRACIAS.

Ilmo. Sr.

Hay dias y momentos en la vida del hombre que solo son para sentir; para sentir y agradecer: ¡estos son para mí esos momentos! No hay lengua, por elocuente que sea, capaz de trazar en estos instantes las afecciones del alma, ni es esta tampoco situacion á propósito para pensar ni discurrir.

Haber llegado al pináculo de la carrera médica, verse adornado y cubierto con estas honrosas vestiduras; compartir con vos, Ilmo. Sr., un fraternal abrazo, abrazar tambien, y como hermanos yá, á todos los sábios Doctores que me han juzgado y que forman este ilustrado Claustro, y tomar plaza en fin, en tan honrosa milicia de nobles y de sábios, es cosa superior á cuanto el hombre puede ambicionar en este mundo.

Penalidades, amarguras, sobresaltos, sacrificios, todo

está compensado en este día: los padres, los hijos, las esposas, los hermanos, los deudos, los amigos, todos son felices en estos momentos.

¡Los padres! ¡oh! esta palabra, Ilmo. Sr., estos venerandos nombres arrancan de mi pecho un doloroso suspiro! ¡Los míos no existen ya! ¡La parca me los arrebató tan pronto, que no llegué á conocer mas que á la madre y muy poco tiempo! ¡Ah y cuánto gozarían hoy si viviesen! Mas consuélame la idea, de que desde la mansión de los justos, donde deben estar, porque eran buenos, recogerán este cariñoso recuerdo que desde aquí les envío.

¡La ciencia! ¿Qué es la ciencia Ilmo. Sr.? ¿Qué son sus flores y sus aromas, que de tal manera embriagan de felicidad el corazón? ¿Qué son sus glorias y sus laureles para ambicionarlas, como las ambicionan aun los hombres que tienen hecha abstracción de todo lo demás en el mundo?

La ciencia es un destello de la divinidad, por eso inflama aun los corazones mas helados y por eso en ciertos supremos momentos de la vida, convierte al hombre en un ser mucho menos material de lo que realmente es.

Gracias Ilmo. Sr. por tanto favor, por tanta honra, como sin merecimiento alguno, acabais de concederme: gracias mis queridos jueces, gracias varones esclarecidos que constituís este ilustre claustro, y que benévolos y generosos me recibís en vuestro seno.

Y á vos mi querido padrino ¿Qué podré deciros? ¿Cómo podré corresponder á tan grande favor cómo me habeis dispensado? ¿Os diré lo que ya os habrán dicho otros en tales ó parecidos actos? ¿Os llamaré literato, filósofo y sábio en fin? No, que esto os sonrojaria tal vez: har-

tas veces lo habeis oido ya, y demasiado sabe el mundo científico quien sois sin necesidad de repetirlo. Yo, imitando á un buen hijo, de cuyo padre recibe inmensos beneficios, ni aun las gracias os quiero ni os debo dar con la lengua; pero en cambio, bien sabeis y bien podeis comprender, mi querido padrino, cuanto os quiero decir con el corazon y sirva como débil muestra este cariñoso y filial abrazo.—He dicho.

Madrid y Marzo 28 de 1871.

Pedro Martinez de Anguiano.





MDS
10087

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000210834

R

9964